

Muere John H. Elliott, el historiador británico maestro de hispanistas, a los 91 años

Su biografía del Conde-Duque de Olivares, y su profundo conocimiento del Imperio español, inspiraron a generaciones de académicos



Rafa de Miguel

Londres - 10 marzo 2022

Es el corresponsal de EL PAÍS para el Reino Unido e Irlanda. Fue el primer corresponsal de CNN+ en EE UU, donde cubrió el 11-S. Ha dirigido los Servicios Informativos de la SER, fue redactor Jefe de España y Director Adjunto de EL PAÍS. Licenciado en Derecho y Máster en Periodismo por la Escuela de EL PAÍS/UNAM.



John H. Elliott. Alvaro García

El historiador británico y maestro de hispanistas John Huxtable Elliott, universalmente conocido como John H. Elliott, ha fallecido este jueves a los 91 años en el Hospital John Ratcliffe de Oxford, adonde fue trasladado desde el Community Hospital de la misma localidad el pasado día 5 de marzo, a causa de una neumonía y complicaciones renales. El grave deterioro de su salud se ha producido en los últimos días. Solo sus familiares le han visitado en las instalaciones médicas. Muy debilitado, Elliot ha mantenido casi hasta el final su brillante lucidez.

OPINIÓN / CARLOS MARTÍNEZ SHAW

Elliott, el saber a disposición de todos

El pasado jueves 10 de marzo perdimos a uno de los referentes más significados de la historiografía española de las últimas décadas. John H. Elliott (Reading, Reino Unido, 1930-Oxford, 2022) ha sido uno de los más sobresalientes hispanistas e historiadores que hemos tenido oportunidad de conocer y tratar. No es posible dar cuenta de su copiosa obra, aunque algunos títulos han representado verdaderos hitos para los historiadores de nuestra generación. Tras el deslumbramiento de su *España imperial* (1963), vinieron *La revuelta de los catalanes* (obra que le permitió sumar la lengua catalana a la castellana), *El Viejo Mundo y el Nuevo* (uno de los libros más lúcidos sobre el impacto del conocimiento de América en Europa), *El Conde Duque de Olivares* (una biografía que ha servido de modelo o de inspiración a prácticamente todas las demás que le han seguido), *Un palacio para un Rey* (en que el estudio, junto a Jonathan Brown, del Palacio del Buen Retiro puso de relieve su sensibilidad para el arte, especialmente el arte español del Siglo de Oro, que además alimentó su afán coleccionista) o, para poner un límite a esta enumeración, *Imperios del Mundo Atlántico*. *Gran Bretaña y España en América* (donde resalta, mejor que nadie antes, las diferencias entre los dos modelos de colonización signados por los distintos contextos geográficos, cronológicos e ideológicos), terminando con una visión que delata su interés también por el presente, sus reflexio-



John H. Elliott, en marzo de 2015. / CLAUDIO ÁLVAREZ

nes sobre *Catalanes y escoceses: unión y discordia*, de 2018.

Naturalmente, una obra tan ingente y tan relevante le procuró multitud de reconocimientos. Designado en 1973 para una plaza en el prestigioso Institute of Advanced Study de Princeton (donde ofreció un lugar de trabajo a jóvenes historiadores españoles, como Quisco de la Peña o Xavier Gil, y acogió a otros ya consagrados, como Jordi Nadal o Gonzalo Anes), fue nombrado en 1990 *Regius Professor* de

El historiador británico, fallecido el jueves, fue un pionero en el estudio moderno del Imperio español

Historia. En España recibió el premio Príncipe de Asturias, fue académico de la Real Academia de la Historia y fue elegido Doctor Honoris Causa por la Universitat de Lleida (la primera en hacerlo), la Complutense, la Carlos III, la de Sevilla, la de Alcalá y la de Cantabria, si la memoria no me falla.

Sin embargo, el mayor reconocimiento le vino de parte de la totalidad de sus numerosos discípulos, a su vez grandes hispanistas e historiadores siguiendo la senda de su maestro. Solo citaré a James Casey (que también se nos fue en 2020) y a Geoffrey Parker y Richard Kagan, porque sus nombres constan como coordinadores del volumen homenaje que se le dedicó en 2001, pero no quiero arriesgarme a citar a los demás por miedo a algún lamentable olvido. Todos se reunían con él en las diversas convocatorias que se sucedieron a lo largo de los años, haciendo a veces largas travesías para no faltar a la cita simbólica y entrañable.

Porque John H. Elliott fue una persona entrañable, que siempre puso su saber y su buen consejo a la disposición de todos aquellos que se le acercaban y que profesó un cariño realmente paternal a sus discípulos, siempre presentes en su recuerdo. De ese modo, supo dejar una estela de fieles amigos por todos los lugares de España que recorrió, llevado en alas de su curiosidad y de su amor a esta tierra. La influencia de su sabiduría, de su buen hacer (nunca dio una conferencia, nunca hizo un discurso, sin prepararlo hasta la última palabra) y de su trato siempre discreto y afable, se mantendrá por mucho tiempo. De momento, terminemos diciendo que nos ha dejado "harto consuelo su memoria".

Carlos Martínez Shaw es historiador.

DANIEL GASCÓN

John Elliott: España no es diferente

He pasado la vida intentando desmitificar y eliminar la idea del excepcionalismo español", decía John H. Elliott, que ha muerto en Oxford a punto de cumplir los 92 años. Elliott fue un historiador decisivo que iluminó muchos aspectos del mundo hispano: la tensión entre unidad y diversidad, la relación entre España y América, la decadencia y los intentos de reforma. Participó en los debates de su disciplina, deshizo tópicos, situó la España del XVII en un contexto global. Escribió obras de referencia como *La España imperial*, *La rebelión de los catalanes* o su modélica biografía del conde-duque de Olivares. Ampliaba su disciplina: trazó monumentales historias comparadas de los imperios inglés y español, de Escocia y Cataluña. Ese impulso formaba parte "de la idea de destruir el provincianismo que todos tenemos con respecto a nuestras propias historias". Descubrir el Museo del Prado fue uno de los acontecimientos de su vida: creía que el arte ayudaba a entender una sociedad. La España que visitó por primera vez en 1950 "era un país muy diferente: miserable, con muchísima pobreza". Recordaba a los niños mendigos y decía que le había impresionado "la dignidad de los españoles en un momento en el que el ambiente político era sofocante". Pensaba que quizá no fuese casual que un inglés de la época posimperial decidiera estudiar la España poshegemonica. Admiraba la Transición y la apertura del país en la democracia. Fue un maestro de historiadores: de Geoffrey Parker, de Richard Kagan, de Cayetana Álvarez de Toledo. Era riguroso, claro, mesurado, con un afán de ecuanimidad y exactitud, y un temperamento liberal. Combatía la visión determinista de la historia y le preocupaba la manipulación del pasado que realizaba el nacionalismo. Parte de la tarea del historiador era desmontar los mitos; otra parte, saber cómo se construían. "Los historiadores tenemos que mostrar la complejidad de cualquier momento histórico importante; probar que había varias opciones abiertas, que hay que entender por qué se escogió una y no otra, comprender el papel de los individuos, de la cultura política del momento", me dijo en una entrevista. "No vas a saber nunca la verdad total sobre ningún tema, pero si puedes hacer una reconstrucción plausible en cuanto a su aproximación a la verdad, y aceptable para tu propia generación, que tendrá intereses distintos de otras generaciones, estás consiguiendo algo". @gascondaniel